

Luis Razetti, Maestro

“El principio de la educación es predicar con el ejemplo”

Simón Bolívar

Dr. Daniel Bracho

INTRODUCCIÓN

Me siento altamente honrado y profundamente agradecido por el honor de ocupar la tribuna de esta ilustre corporación con motivo de la celebración del “Día de Razetti”, que fielmente realiza, cada año, la Academia Nacional de Medicina en memoria de su eximio fundador.

Particularmente agradezco a mi antiguo profesor, el doctor Blas Bruni Celli y a los académicos que lo secundaron, la distinción que hicieron en la Presidencia de la Sociedad de Historia de la Medicina y en los Profesores de las Cátedras de Historia de la Medicina de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela, para participar en este acto al lado de conspicuos representantes de la Academia.

Debo aclarar que habiendo sido el doctor Luis Razetti uno de esos excepcionales espíritus emprendedores que en todo pueden tomar parte; que para todo están capacitados; y que habiéndose desempeñado, según opinión del doctor Archila, como: “paladín, reformador e innovador, maestro civilizador, sabio, cirujano, higienista, deontologista y un ejemplar ciudadano”, se hace un tanto difícil aislar y hablar sobre uno cualquiera de esos aspectos, porque ninguno constituye compartimientos estancos como para decir aquí termina el cirujano y allí comienza el ciudadano o el deontologista; porque todos se imbrican para conformar esa personalidad sin par, tan subyugante, que inscribió en la historia de la medicina nacional una época especial que Francisco A Rísquez llamó “era de Razetti” y Archila “era del Renacimiento de la medicina venezolana”.

Sin embargo, desde hace muchos años me ha llamado la atención el aspecto relacionado con la actividad docente de Razetti, porque no me cabe la menor duda que, siendo en vida un eterno joven de

espíritu, fue siempre con sus hechos, es actualmente con su obra escrita y lo seguirá siendo con su invalorable legado intelectual, un guía de juventudes, un forjador de espíritus luchadores y un constante ejemplo de rectitud y ética profesional; vale decir, un educador.

Justificación

Sinceramente considero que la misión más noble que pueda desempeñar un hombre, después de la de ser padre, es la de ser maestro, pues hasta el mismo padre se constituye en maestro del ser que ha engendrado, entendiéndose la palabra “maestro” no en el sentido del profesor graduado que sólo dicta clases detrás de una cátedra, sino en el sentido más amplio, más justo humano del hombre (o mujer) que quizá sin tener el título alguno, es un forjador de individuos útiles a su país, un ductor de juventudes, uno que es capaz de enseñar no sólo las técnicas y normas de una disciplina o profesión complicada, sino que también con mayor eficacia aún, es capaz de proclamar no solamente con sus palabras, sino también con sus hechos, con su vida misma, las reglas y principios morales que deben regir la conducta y la vida toda de una persona como para que se constituya en un ciudadano capaz.

Se puede afirmar sin lugar a dudas que en todos los aspectos de su polifacético curso vital, Razetti ejerció un magisterio singular: dictó cátedra con su brillante actuación como clínico, obstetra, como consumado cirujano, como escritor, sabio, higienista hombre y sobre todo humanista; porque en cada una de esas facetas aprovechó la oportunidad para enseñar algo a sus contemporáneos. Y más aún legó algo para enseñanza de la posteridad. Es decir, fue en todo el sentido de la palabra un maestro integral.

Como el mismo dijo: “Debemos ser maestros y discípulos de nosotros mismos, porque todos sabemos algo que los demás ignoramos”.

Tanto es así, que sus biógrafos están acordes en declarar que descollaba siempre con la palabra orientadora y culturizante; por lo que “un discípulo y admirador suyo ha dicho un rato de charla con Razetti, sobre cualquier tema, sobre lo que él quisiera hablar, equivalía a recibir en las propias venas un enérgico tónico alentador, que transustanciaba su fe optimista, su entusiasmo y su alegría, enseñando a la vez”.

En apoyo de este aserto quiero citar aquí las palabras del doctor Humberto García Arocha quien dijo: “Para ser maestro, no es necesario el título de profesor, pero tampoco basta. Ser maestro es sembrar esa enseñanza de humanidad que se sigue recogiendo aún después de la muerte. Esa que nos legara Razetti y la que nos siguen enseñando esos otros maestros que sin embargo no han regentado nunca una cátedra”.

Por su parte el citado doctor Archila en varios párrafos de su “Biografía de la superación”, que aunque un poco largos transcribiré casi totalmente, escribió sobre el particular lo siguiente: “Razetti fue el maestro de maestros, o sea, el verdadero maestro, ya que se conjugan armoniosamente en él la función estrictamente pedagógica con la trascendental misión humana de orientar y forjar hombres auténticamente ciudadanos”. “Fue maestro por vocación, al enseñar por el más puro amor hacia la juventud; maestro por excelencia, al crear escuela propia, y, maestro de maestros, al formar legiones de médicos, imbuidos en la constante prédica de los más sanos principios de la moral humana de los más hermosos postulados de la deontología médica”. Razetti profesor lo fue en toda la acepción del vocablo. Sabio, elocuente, desinteresado, benévolo, y al mismo tiempo enérgico; su entusiasmo por la enseñanza y por la difusión de conocimientos útiles fructificó prácticamente en una de las labores más estupendas y fecundas que se recuerden en el país, tanto en la cátedra, como en la prensa o en el libro”.

“Profesor, Razetti lo fue en todas las diversas circunstancias de su actividad prodigiosa. Jamás dejó de cumplir este ministerio de redención humana, abnegado por doquiera y en nuestra América uno de los más ásperos de cuantos se brindan a la inteligencia”.

Es por todo esto, que esta exposición va a versar

sobre la actividad educativa del doctor Luis Razetti, pero particularmente el Razetti catedrático, cuya característica fue como indica nuestro epígrafe, predicar con el ejemplo.

Razetti catedrático

El primer encuentro con Razetti como educador lo tenemos en Barquisimeto por el año 1888, apenas 4 años después de haberse graduado de médico, donde a la sazón se encontraba voluntariamente ejerciendo la medicina. Es así como da “sus primeros pasos en la docencia”, al ser nombrado catedrático de Higiene Pública y Privada en el Colegio Federal de Primera Categoría, “donde se leían cursos de ciencias médicas”. ¿Cuánto tiempo duró en ese cargo? No se puede precisar, pero con toda seguridad fue por un período muy corto, porque designado como tal el 8 de mayo de 1888, hay testimonio de que “a mediados de 1888, salió de Barquisimeto en calidad de médico viajero” de una compañía de seguros, y en 1889 regresó a Caracas. No obstante lo fugaz de su profesorado, conviene señalar que en la misma fecha de ser designado como tal, fue nombrado “Presidente de la Junta Superior de Instrucción Popular de la sección Barquisimeto”.

Transcurrirán cinco largos años antes de que Razetti se encuentre de nuevo en contacto activo con una cátedra. Esto ocurrió a su regreso de París, (1864-1919), donde hizo estudios de especialización y perfeccionamiento. Al regresar al país imbuido de ideas nuevas e impresionado por todo lo que había aprendido en la Escuela Francesa, con una serie de propósitos y de proyectos en mente, la Universidad Central le abrió las puertas en la persona de su Rector, el doctor Elías Rodríguez (1818-1895), quien le llamó para que ejerciera interinamente la Cátedra de Patología Externa en sustitución del doctor Bernardo Herrera Vegas que era su titular. Aunque consideraba que el ingreso a la carrera docente en la Universidad debía ser por estricto concurso fue convertido por el Rector y aceptó su oferta el día 23 de febrero de 1893; al día siguiente es “nombrado por el Gobierno con el carácter de Catedrático en propiedad”.

También es muy breve este segundo ensayo como educador, pero ya había traspuesto el umbral de la docencia universitaria; y tal vez sin imaginárselo ni un momento, tomó el rumbo que contribuiría a llevarlo al pedestal de la fama y de la gloria. La brevedad se debió esta vez a que el gobierno decidió el 31 de

marzo reemplazarlo por el doctor Atilano Vizcarondo, quien tomó posesión del cargo el 1° de abril.

Sin embargo, unos meses más tarde fue llamado otra vez a la Universidad Central para que se reincorporara al profesorado de medicina, en calidad de profesor interino de la Cátedra de Obstetricia, en sustitución del doctor Simón Vaamonde Blesbois, desde el 26 de setiembre de 1894; se le asignó además la Cátedra de Medicina Operatoria, para seguir la costumbre de aquellos tiempos de que cada profesor dirigía dos cátedras. En el interín de los dos nombramientos rechazó la oferta de la cátedra de Higiene y Fisiología por considerarse no capacitado para ello.

Así asistimos imaginariamente al tercer encuentro con el Razetti profesor, el cual constituyó su dedicación definitiva, pues desde entonces no se separó de la docencia universitaria, sino que fue en continuo hasta llegar a la cúspide de su carrera profesoral, como veremos más adelante.

Debido a que la enseñanza de la obstetricia se individualizó en 1896 y se constituyó la Cátedra de Obstetricia, Ginecología y Pediatría, a cargo del doctor David Lobo, Razetti se quedó solamente con medicina operatoria, con el cargo de profesor de Disección de la Universidad Central, que le fue conferido el 25 febrero del mismo año.

Mientras regentó la Catedra de Obstetricia (1894-1896) no se concretó a dictar clases, sino que procedió a hacer varios cambios y reformas en ella, que cabe destacar:

1. Cambió el texto de estudio anacrónico por uno más moderno y de mayor valor didáctico.
2. Reformó el programa de estudios de obstetricia.
3. Implantó en su enseñanza “las nuevas ideas y los nuevos procedimientos” de la escuela francesa de Pinard.
4. Escribió su primer libro científico (publicado años más tarde) que versaba sobre “La exploración externa en obstetricia y las hemorragias uterinas puerperales”.

A raíz del deceso del doctor Juan Manuel Escalona, titular de la cátedra de Anatomía, se le pidió que lo supliera y fue nombrado el 17 de agosto de ese mismo año (1896) profesor titular de Anatomía, encontrándose de nuevo en posesión de dos cátedras. Es ahora Profesor Titular de Anatomía

y Medicina Operatoria, cátedras que regentó por 16 años consecutivos hasta 1912, cuando por decreto del presidente Juan Vicente Gómez fue cerrada la Universidad Central.

Al frente de estas cátedras, también se puso de manifiesto el espíritu del pedagogo para encausar por el mejor camino la enseñanza de estas disciplinas, y así su influencia se hizo sentir en los siguientes hechos trascendentales:

1. Reformó totalmente los estudios anatómicos fundados por Vargas;
2. Fundó (desde 1895) con carácter obligatorio, los trabajos prácticos de disección y de medicina operatoria.
3. Inició una campaña tendiente a lograr la fundación de un edificio especialmente dedicado para sede de los trabajos prácticos de disección y perseveró en ello durante 15 años, insistiendo ante el gobierno y las autoridades universitarias, hasta que logró la construcción del Instituto Anatómico en la esquina de San Lorenzo, en las cercanías del Hospital Vargas.
4. Introdujo el sistema de la enseñanza interpretativa de la anatomía.

Por todo esto es que Archila le confiere el título de: Reformador de los estudios anatómicos y fundador de la cirugía práctica en Venezuela.

Cerrada como estaba la Universidad Central, el incansable docente que había sido Razetti, logró en 1941 la aprobación del Gobierno para fundar junto con el doctor Rísquez, el 13 de enero de 1915, una Escuela de Medicina privada en la cual él comenzó a impartir la enseñanza de anatomía que tanto le gustaba. Pero esta Escuela duró sólo un año, porque precisamente en 1915 fue reabierto la Universidad, y ya no tenía razón de ser la misma. Pero éste es otro hecho que pone de manifiesto el gran espíritu pedagógico de Razetti.

Después de la reapertura de la Universidad (en 1915), Razetti que desde 1914 era jefe del Servicio de Clínica Quirúrgica del Hospital Vargas, habiendo sido Profesor de la Cátedra su amigo y compañero el doctor Pablo Acosta Ortiz (1864-1914), a raíz de la muerte de éste, fue nombrado el 24 de julio de 1915 para suplir a aquel que había sido llamado “Príncipe de la Cirugía Venezolana”. Así después “de 22 años de experiencia previa universitaria y profesional,

hecho ya un anatómico, un partero y un cirujano”, es nombrado profesor titular de la Cátedra de Clínica Quirúrgica, donde se consagra como maestro.

Vale la pena señalar que todas las cátedras universitarias que Razetti había profesado, las ejerció en la sede de la universidad, y después en el Instituto Anatómico; pareciera como si la vida en acto de deferencia y aprecio para con aquel batallador incansable, “maestro de maestros”, hubiese retardado intencionalmente su entrada como profesor al Hospital Vargas hasta esta fecha, a fin de proporcionarle una mayor satisfacción y permitirle saborear mejor el néctar del éxito, otorgándole previamente toda la inteligencia y la capacidad necesarias y todo aquel caudal de experiencias obtenidas de 16 años permanecidos consuetudinariamente al lado de un cadáver, decorriendo velos misteriosos de los más recónditos órganos, regiones y aparatos del cuerpo humano; trayectoria ésta que cual personaje imaginario, formidable, inclinándose hacia él en un gesto franco y cordial, le hubiera dado la mano y tirando de él, le hiciera ascender la pendiente de la gloria, la fama, el éxito y el renombre como el mejor y más brillante cirujano de su tiempo.

A pesar de que el éxito le sonrío, Razetti como profesor de Clínica Quirúrgica no cambió en su fuero interno, y como proverbial maestro sigue dando ejemplo, pues dicta cátedra de humildad, modestia, sencillez, respeto y honradez profesional. Y la alta calidad de su espíritu, así como la ausencia total de sentimientos vanidosos o de orgullo, resaltan aún más con ocasión de dictar la clase inaugural de su primer curso de Clínica Quirúrgica, el 12 de agosto de 1915 en el Hospital Vargas; cuyo contenido, de gran enseñanza práctica para la vida del estudiante, del médico, del hombre y del ciudadano, no resisto a la tentación de transcribir y comentar brevemente por los aspectos educativos que se observan en el fragmento del discurso que reproduce el doctor Archila:

“En nuestro país la misión del profesorado científico está perfectamente determinada. Nosotros no podemos ser maestros originales fundadores de teorías científicas nuevas, porque nuestra institución se ha desarrollado en un medio pobre, desprovisto de los recursos que la riqueza y la tradición han acumulado en los centros intelectuales de la Europa, genitores del arte y de la ciencia. Así vemos que no obstante lo extenso y complicado de nuestra patología nacional, nuestro caudal científico es todavía demasiado reducido para poder servir de base a la

formación de una ciencia médica nacional propia y original. Tenemos pues necesariamente que limitarnos a repetir lo que los grandes maestros enseñan, procurando explicar a nuestros discípulos la ciencia tal como sale formada de las mejores escuelas extranjeras. Nuestra libertad se reduce a escoger lo que consideramos mejor según nuestro criterio personal, para interpretar los hechos a la luz de las doctrinas consagradas por el éxito y demostradas por la experiencia”.

Semejantes palabras no se pueden originar sino de un espíritu de ideas muy claras y refinadas, de una moralidad a toda prueba, de una gran y sensible conciencia de la realidad, todo lo cual puede encontrarse solamente en un gran hombre, en este caso, uno que dictó clase con cada uno de los actos de su vida y cuyos hechos son constantemente ejemplo que enseñan y sirve para formar hombres de verdad, capacitados, responsables y útiles para el desarrollo médico-científico e intelectual del país.

Luis Razetti es todo eso y mucho más que ahora no hay oportunidad ni tiempo para decir. Por ello cuando intercaló esas palabras en el texto de su clase inaugural, enseñaba a aquellos sus primeros discípulos de Clínica Quirúrgica, no sólo los primeros rudimentos sobre esa ciencia, sino también cuatro lecciones magistralmente prácticas y utilísimas para sus vidas, tanto como estudiantes que eran entonces como para cuando estuviesen practicando el ejercicio profesional y más aún, útiles también para sus vidas privadas como hombres y ciudadanos.

Esas cuatro lecciones, como todas las que Razetti dictaba para la vida, no eran meramente retórica !No! Se propuso enseñarles cuatro caminos que, trajinados por él durante toda su vida, les aconsejaba seguir tanto para su provecho personal como profesional.

En esas palabras, “el maestro de maestros” en la medicina venezolana mostraba a sus discípulos tres caminos que me gustaría comentar a continuación:

1. El camino del análisis y de autocrítica constructiva

Éste les serviría para que adquiriesen una conciencia clara de la realidad nacional, y un conocimiento no lesivo sino más bien estimulador, de nuestra limitación científica de entonces, lo cual muy pedagógicamente, les demuestra de una manera no humillante ni hiriente, como lo sería para cualquier espíritu joven que ama a su Patria, el

hecho de que le digan que su nación es científicamente inferior a otra. Claramente les dice: “Nosotros no podemos ser maestros originales fundadores de teorías nuevas” porque el desarrollo científico venezolano había sido como institución, mal desarrollado debido a la pobreza de un medio que había manejado mal sus abundantes recursos, lo cual dicho sea de paso continuamos haciendo; y por la falta de una tradición que sí existía en Europa; razón por la cual les hace ver en una forma inteligente que eran los centros intelectuales europeos la cuna y el asiento del arte y de la ciencia, de donde había que buscarlos. Entonces, una vez captada su atención, impresionados sus espíritus y con toda seguridad maravillados de las cosas nuevas que estaban escuchando en esa clase inaugural, fue el momento clave y propicio que escogió el sabio maestro para hacerles la triste revelación de la realidad nacional, que a pesar de ser muy extensa nuestra patología vernácula, ello no es suficiente como base para “formación de una ciencia médica nacional propia y original”, por lo reducido de nuestro caudal científico. Y de seguidas les insta a ser justos y sinceros consigo mismos, para saber reconocer la superioridad de los valores intelectuales y científicos extranjeros, pues no sólo reconoce ante ellos la grandeza intelectual de Europa, sino que, en vista de lo expuesto, lo único que se podía hacer para aquel entonces era “limitarnos a repetir lo que grandes maestros enseñan...”

2. El camino del estudio y la superación

Es éste el camino que con modestia pero con firmeza les muestra al hablarles de su capacidad profesional, pues si bien es cierto que les ha dicho y aunque él mismo admite la imposibilidad de crear una ciencia médica nacional sin el aporte intelectual extranjero y de ser solamente repetidores de lo oído a otros, les habla con claridad sobre la necesidad de “escoger lo que consideramos mejor según nuestro criterio personal”; y con esto les da a entender, a mi juicio, que únicamente estudiando e interesándose como él ha sabido hacerlo desde que comenzó su carrera, se lograría la superación lenta pero progresiva de la ciencia nacional.

3. El camino de la ética y de la honradez profesional

Éste lo indica al dejar sentado y reconocer personalmente que existe un límite hasta el cual llegan los conocimientos, límite que está dado por la experiencia y los resultados prácticos “con la aplicación de los principios establecidos por la ciencia”, y que tratar de trasponer esos límites sin estar capacitados para ello, y sin tener la suficiente preparación, es pretender peligrosamente modificar conceptos básicos bien establecidos y quizá, hasta insustituibles. Esta última, es una lección de gran importancia y significación, porque este principio es el que va a hacer que el médico una vez separado de la Universidad y en el ejercicio profesional, no se olvide de que sus conocimientos son limitados y que cuando se encuentre ante un caso clínico para cuya interpretación y resolución se sienta incompetente o no bien capacitado, lo induzca a tener el suficiente valor moral y toda la honradez profesional necesaria, para reconocerlo y no embarcarse en una empresa de la cual lo más seguro es que salga fracasado, desmoralizado y hasta con la reputación perdida.

Esto lo dijo el Razetti catedrático, “maestro por excelencia” y ductor de juventudes, al inaugurar su primer curso de Clínica Quirúrgica; y si en este momento se remontó tan alto, no fue menos lo que hizo y lo que dijo en el devenir de su carrera como profesor de Clínica Quirúrgica, imprimiéndoles a los estudios de cirugía ese ritmo tan típico de su vida, en una combinación genial entre la teoría, la práctica y el ejemplo personal, como filosofía de vida muy personal.

He querido concluir con este análisis porque a lo largo de este discurso modeló para esa generación y dictó cátedra para el sin fin de promociones que le seguirían, mostrándonos un poco de las muchas razones por las cuales pasó a la inmortalidad y nos dejó un camino ya transitado por él, el cual didácticamente he dividido en tres, por los cuales haríamos bien en andar.